

Monterrey, crónica de una rebeldía intelectual

LUIS AGUILAR

Los creadores de Nuevo León –y casi puedo decir que del país entero– tienen el código de no entrar en discusiones sobre política o cualquier forma de sus debates. Con razón o sin ella, la cosa había funcionado, pero los nuevos tiempos obligan a salir de la burbuja de la creación individual –invulnerable y deleitosa– para asumir otro papel: El de conocedores de las políticas culturales que inciden de forma directa no en el proceso creativo, pero sí en los procesos subsecuentes relacionados con una obra.

Para la autoridad, el camino es sinuoso. Siempre que hay una inconformidad, las preguntas iniciales son: ¿Pero qué quiere fulanito? ¿Qué buscan aquellos desarrapados venidos a ciudadanos? Cuesta tanto a quienes detentan la responsabilidad de gobierno circunscribirse a una respuesta, que buscan resolver por otros medios lo que les representa conflicto.

Luego de dejar esperando a los escritores en dos reuniones previas, el sábado 27 de septiembre Margarito Cuellar, poeta y jefe de cooperación en la Dirección de Relaciones Interinstitucionales y Proyectos Especiales, que ocupa Rosa Loyola, plantó al gremio por tercera ocasión. La respuesta fue contundente: En la junta se tomó la decisión –37 votos contra 4– de no participar en el Noveno Encuentro Internacional de Escritores Monterrey 2005, ahora llamado Festival de las Letras.

A la junta los creadores iban con un reclamo, pues el propio Cuellar notificó a través de un amigo la imposibilidad de que el gremio definiera los evaluadores de ponencias para el Encuentro –un ejercicio aplicado por consenso los recientes tres años– porque de manera unilateral la dirección de la que depende designó dictaminadores. El asunto parecería una simpleza, pero el problema no son los casos aislados sino el desplante permanente. Donde se

impone el manotazo cuesta mucho resarcir el diálogo y la ruptura se convierte en el recurso de quienes sienten vulnerados sus derechos. Y si con los anteriores vocales las autoridades de Conarte alcanzaron –con mucha oposición– que Cuellar coordinara el Encuentro –bajo la condición de que un grupo de escritores nombrados por el gremio fueran colaboradores honorarios– cualquier acuerdo nuevo era ya difícil.

La escaramuza entre los escritores y los funcionarios en cuestión no era nueva ni excepcional. El Gremio de Artes Plásticas vivió una situación similar y la comunidad cultural, azorada, se sorprendió por la decisión de Loyola de apoyar con un millón de pesos a la Fundación Sebastián, que dirige el artista y cuya relación sentimental con la funcionaria es pública gracias a la autobiografía del escultor.

Con igual indiscreción se ofendió al gremio teatral, al aprobarse sin autorización del Consejo el Premio Nacional de Dramaturgia Víctor Hugo Rascón Banda, cuyos méritos no se cuestionan, pero cuya extrañeza radica en que esta convocatoria apoyada por Nuevo León rinda homenaje a un dramaturgo de Chihuahua, desconociendo el trabajo teatral de Nuevo León. Y aunque luego se dijo que los recursos no salieron del Conarte, sino que éste sirvió como canalizador de los fondos, Loyola traía una losa pesadísima desde el inicio de la administración, cuando se anunció un sueldo de 40 mil pesos para directores de área pero, misteriosamente, a ella el consejo le autorizó –siendo también directora– un salario mensual de 80 mil. Desde luego, la presión de la opinión pública hizo que dieran marcha atrás y los sueldos se homologaran por cargo.

Pero el plantón de Cuellar fue la cereza del pastel. Aquel plantón tuvo resonancias de pasado. No se trató de almas sensibles a quienes se deja esperando, sino de un grupo comprometido –también en la política– a evitar retrocesos que dañaran de manera irreparable lo avanzado no sólo en la relación entre el Conarte y los escritores, sino el proceso de cambio y apertura que permite al ciudadano asomar sus narices en el servicio público, un servicio que tiene en el ciudadano su único sentido y por el que éste evidentemente paga.

No pocos escritores nos hemos preguntado si Rangel Guerra y el gobernador Natividad González Parás estarán observando que todo problema en Conarte sale siempre de la oficina de Relaciones Interinstitucionales. Si se plantearán preguntas tan obvias como: ¿Por qué la institución se ha convertido en un problema político, si durante años funcionó como mesa de diálogo y desarrollo cultural? ¿Por qué se ha convertido la dependencia en una arena de confrontaciones y disensos? La respuesta tiene nombre, pero también tiene actitudes. Porque lo más preocupante no es siquiera la ruptura llevada a cabo por los escritores, sino la ausencia de disposición al diálogo. El encuentro se realizó sin escritores locales porque la soberbia, cuando tiene a disposición el presupuesto, no encuentra limitación alguna, pero la vergüenza de que en pleno discurso del presidente de Conarte se quedaran más de 50 sillas vacías, que no volvieron a llenarse durante los tres días del evento, es sintomática. Personalmente, me apenan las actitudes de algunos creadores cuando se vuelven funcionarios. Cuellar pudo evitar ese desaguado porque tuvo en sus manos la oportunidad de tender puentes entre los gremios y la institución, convertirse en el adalid del diálogo y el consenso, pero optó por defender la canasta básica. No lo juzgo. Algunas personas piensan que la dignidad no es alimento suficiente.

Pero el problema se agudizó no por la decisión del gremio, sino por la respuesta de éste a la determinación tomada en la ya mítica junta. Y enlisto las sutilezas de los dedos atrapados en la puerta. Cuellar desacredita el anuncio disminuyendo prestigios, pidiéndole a un reportero que pregunte a escritores que sí van a participar (traducción: Pregúntale a los escritores importantes). La respuesta del más internacional de nuestros escritores debe haber dejado helados a más de uno: Si el gremio no quiere asistir, es porque no se sienten representados, y yo me solidarizo con ellos, dijo David Toscana, a quienes dignamente siguieron Patricia Laurent, Dulce María González, Héctor Alvarado, Ana Kullick, Iván Trejo, Coral Aguirre, Hugo Valdés, Mario Anteo, Joaquín Hurtado, Armando Alanís, Guillermo Meléndez o José María Mendiola, sólo por citar a algunos.

Y aún en medio de la paliza, Cuellar no perdió lo bondadoso. Dijo que no impediría la entrada a nadie si a últi-

ma hora los escritores decidíamos participar. La referencia es de carcajada a mandíbula batiente. Menos mal que dejarían entrar a los escritores, quienes ya estábamos asustados pensando en un contingente de la Policía Federal Preventiva resguardando el recinto.

El gobernador, por su parte, no dijo nunca esta boca es mía. Bastante lo distrae su utópica aspiración presidencial, aunque no tuvo el valor de acudir a inaugurar el encuentro, como ha hecho el Ejecutivo estatal durante los ocho encuentros anteriores. El desdén no es gratuito. Bien dice Rogelio Flores que desdeñar es un arte que la burocracia pone en juego en cualquier conflicto cuando no tiene condiciones favorables para aplicar la represión. Minimiza causas y desgasta el disco de la apertura, aunque en la práctica no plantee salidas concretas al conflicto y rechace demandas, hurgando en cualquier reglamento añejo la improcedencia de lo pedido.

El rechazo por parte de los escritores lo evidenció el programa. Casi la mitad de los moderadores son empleados del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León; una buena parte de dos o tres autores locales que participaron tienen compromisos laborales con la institución, al menos la mitad de ellos no tienen obra publicada; y los moderadores externos tienen compromisos laborales con la burocracia cultural o educativa, pública o privada. En el apartado internacional, abundaron los cubanos radicados en Monterrey o los latinoamericanos que residen en el Distrito Federal.

Pero si el encuentro fue deslucido no fue por las ausencias locales, sino por la ausencia de lo local, pues una buena parte de los invitados emergentes hicieron público que asistían más por compromisos económicos —que se niegan a llamar prebendas—, o por la amistad que los une a funcionarios que los favorecen desde el Conarte. El encuentro, en lo local, se cargó de complicidades: Desde los beneficiados en proyectos hasta los intelectuales que optaron por la venta de publicidad para mantener presencia y hacienda personal. Del disenso inteligente y el oficio por la crítica, se pasaron a la comodidad del presupuesto. Cada quien su morral y su moral.

Pero más allá de las limitaciones del poder, la ausencia operativa del mismo o los intereses de los intelectuales comprometidos por los bolsillos, está la discusión de fondo y en ella los creadores, todos, hemos ganado: El modelo de participación ciudadana del Conarte está agotado y hay que ir por más. Como bien escribió Patricia Laurent, lo ganado no puede dejarse pasar. Por eso hay quienes ven que una reforma estructural al modelo que dicta las políticas culturales del estado es urgente. Un esquema donde el gobernador, por divinidad autoritaria, designa la mayor parte de los consejeros, aún por encima de los democráticamente electos, es insostenible. Desde luego el Conarte funciona así desde sus inicios, pero si antes no hubo necesidad de reforma es porque las diferencias se diluían en el diálogo. Llegada la sordera, urgen las modificaciones.

Como verá el poder, la coincidencia no es asunto de camarillas, sino de análisis meticuloso de una realidad que parece rebasarnos. El conflicto entre los gremios artísticos y algunos funcionarios de Conarte, particularmente Loyola, habla de un malestar profundo, agudizado por la soberbia que plantean las actitudes. Nadie esperaba una reacción tan unánime y la autoridad apostó a la permanencia del estatus, a la indiferencia. Cuando no vieron resultados, apostó en el Encuentro por la insignificancia. Es una lástima.

Bien citó la poeta Malena Múzquiz a Octavio Paz, a propósito de la discusión del gremio sobre la urgencia de modificar el esquema de Conarte y hacerlo ciudadano: "El escritor dibuja con sus palabras una falla, una fisura. La literatura desnuda a los jefes de su poder y así los humaniza, los devuelve a su mortalidad que es también la nuestra". El Conarte tiene que regresar a su mortalidad inicial. A la sencillez del acuerdo y el consenso a través de la palabra.

La opinión pública empieza a reaccionar con azoro ante un gobernador que llegó al poder con la Fuerza Ciudadana y pretende gobernar con la misma, pero que hace del engaño una constancia integrando consejos a diestra y siniestra por designación directa y sin independencia alguna. Para complicación de González Parás, el Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León es una mesa de debate vivo y, encima, avivado ahora por las pretensiones de un gobierno -y sus funcionarios favoritos- de portar un disfraz de apertura donde no hay más que verticalidad y autoritarismo. Un gobierno de cara limpia y manos muy sucias, cuya promesa de transparencia y consenso empieza a difuminarse justo en el área menos dispuesta a la represión y al silencio: El arte y la cultura. ■

* Periodista y escritor. Ha publicado Eclipses y otras penumbras, (1998); Soberbia de cantera, (2002); y Tartaria, (2003). Actualmente es becario del Centro de Escritores de Nuevo León.



Alfredo Zalce